>> CAPÍTULO 4

TÚ PUEDES DESCANSAR AHORA

La promesa viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada para toda la descendencia.

—ROMANOS 4.16 NVI

Un hombre cuyas manos están llenas de paquetes no puede recibir un regalo.

—C. S. LEWIS

La única función de la fe es recibir lo que la gracia ofrece.

—JOHN STOTT

>> NUESTROS MÉRITOS NO MERECEN NADA. LA OBRA DE DIOS LO MERECE TODO.

Tú estás cansado, y la *fatiga* no es una palabra extraña. Conoces demasiado bien su fruto: ardor en los ojos, hombros caídos, espíritu sombrío, y pensamientos mecánicos. Estás cansado.

Estamos cansados. Un pueblo cansado. Una generación cansada. Una sociedad cansada. Competimos. Corremos. Las semanas laborales avanzan pesadamente como inviernos árticos. Las mañanas de lunes aparecen en las noches de domingo. Transitamos nuestro camino a través de largas filas e interminables horas con rostros que se han estirado debido a las prolongadas listas de cosas por hacer, artículos que debemos comprar, o personas a las que tratamos de complacer. Césped que cortar. Maleza que arrancar. Dientes que limpiar. Pañales que cambiar. Alfombras, niños, canarios... todo requiere nuestra atención.

El gobierno quiere más impuestos. Los hijos quieren más juguetes. El jefe, más horas. El colegio, más voluntarios. El cónyuge, más atención. Los padres, más visitas. Y la iglesia, ah, la iglesia. ¿Mencioné la iglesia? Servir más. Orar más. Asistir más. Hospedar más. Leer más. ¿Y qué podemos decir? La iglesia habla de parte de Dios.

Cada vez que nos tomamos un respiro, alguien más necesita algo más. Un capataz exige un nuevo ladrillo para la nueva pirámide.

«¡Revuelve ese barro, hebreo!»

Sí, allí está. La contraparte antigua tuya. El esclavo de Egipto, con taparrabos, espalda desnuda, encorvado y con los hombros arqueados, apilando ladrillos. ¡Ni qué hablar de cansancio! Negreros restallando látigos y gritando órdenes. ¿Por qué razón? Para que Faraón con su ego del tamaño del Nilo pudiera jactarse de otra pirámide, aunque sus dedos nunca desarrollaron un callo ni levantaron un atado de paja.

Pero entonces Dios intervino: «Yo soy JEHOVÁ; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes» (Éxodo 6.6).

¡Y sí que lo hizo! Abrió el mar Rojo como se abre una cortina y lo cerró como se cierran las fauces de un tiburón. Convirtió al ejército de Faraón en carnada y a los hebreos en miembros fundadores de la Tierra de No Más. No más ladrillos, lodo, mezcla y paja. No más trabajo forzado sin sentido y abrumador. Fue como si todo el cielo gritara: «¡Pueden descansar ahora!»

Así lo hicieron. Un millón de pares de pulmones respiraron. Descansaron. Por casi media pulgada. Esa es la cantidad de espacio entre Éxodo 15 y 16. El

tiempo entre esos dos capítulos es aproximadamente de un mes. En algún lugar de esa media pulgada, de esa brecha de un mes, los israelitas decidieron que querían volver a la esclavitud. Se acordaron de los manjares de los egipcios. Tal vez no era más que un guiso de huesos, pero la nostalgia no es rigurosa en cuanto a los detalles. Así que le dijeron a Moisés que deseaban regresar a la tierra de trabajo, sudor y espaldas ampolladas.

¿Cuál fue la respuesta de Moisés? «¡Qué tontos son ustedes! ¡Hasta parece que estuvieran embrujados!» (Gálatas 3.1 TLA).

Lo siento, me equivoqué. Esas son palabras de Pablo, no de Moisés. Palabras para cristianos, no para hebreos. Del Nuevo Testamento, no del Antiguo. Siglo primero A.D., no siglo trece A.C. Sin embargo, comprensible error, puesto que los cristianos de la época de Pablo se estaban comportando como los hebreos de la época de Moisés. Unos y otros habían sido redimidos, pero dieron la espalda a la libertad.

La segunda redención eclipsó a la primera. Dios no envió a Moisés sino a Jesús. No derrotó a Faraón sino a Satanás. No lo hizo con diez plagas sino con una sencilla cruz. El mar Rojo no se abrió, pero sí la tumba, y Jesús guió a la tierra de No Más a todo aquel que quiso seguirlo. No más guardar la ley. No más luchar por la aprobación de Dios. «Ahora pueden descansar», les dijo.

Y lo hicieron. Durante catorce páginas, lo cual en mi Biblia es la distancia entre el discurso de Pedro en Hechos 2 y la reunión de la iglesia en Hechos 15. En el primero se predicó la gracia. En la segunda se la cuestionó. No es que no creyeran en la gracia. Creían en ella. Creían mucho en la gracia. Solo que no solamente creían en la gracia. Querían añadir algo a la obra de Cristo.

Los «mucha gracia» creen en la gracia, muchísimo. Sostienen que Jesús casi concluyó la obra de salvación. En el bote de remos llamado *Rumbo al Cielo*, Jesús rema casi todo el tiempo. Pero de vez en cuando necesita nuestra ayuda. Así que se la damos. Amontonamos buenas obras del modo en que los Niños Exploradores acumulan medallas al mérito en una banda.

Yo guardaba mis medallas en un gancho en mi clóset, no para ocultarlas sino para poder verlas. Ninguna mañana era completa sin un satisfactorio vistazo a este fajín de realización. Si obtuviste alguna vez una banda de medallas al mérito de Niños Exploradores comprendes el afecto que yo sentía.

Cada emblema ovalado recompensaba mi esfuerzo. Atravesé remando un lago para ganar la medalla de canoa, nadé a lo largo de piscinas para ganar la medalla de natación, y tallé un tótem para obtener la medalla de trabajo en

madera. ¿Podría alguna cosa ser más gratificante que ganar medallas al mérito?

Sí. Mostrarlas. Lo cual yo hacía todos los jueves cuando los Niños Exploradores usaban los uniformes de primer ciclo de secundaria. Yo avanzaba por el campus a pasos agigantados como si fuera el rey de Inglaterra.

El sistema de medallas al mérito pone la vida en orden. Los logros dan como resultado compensación; los logros reciben aplausos. Los muchachos me envidiaban. Las chicas se derretían. Mis compañeras de clase se las arreglaban para mantener quietas las manos solo en virtud de extremo dominio propio. Yo sabía que en su fuero íntimo ellas deseaban pasar un dedo por mi galardón señalador y pedirme que deletreara sus nombres en alfabeto Morse.

Me convertí en cristiano más o menos al mismo tiempo en que me volví Niño Explorador, y supuse que Dios califica mediante un sistema de méritos. Los buenos exploradores ascienden. Las personas buenas van al cielo.

Así que decidí acumular muchas medallas espirituales. Una Biblia bordada para lectura bíblica. Manos juntas para orar. Un niño durmiendo en la banca para asistir a la iglesia. En mi imaginación, ángeles cosían febrilmente emblemas a mi favor. Apenas lograban mantener el ritmo con mi rendimiento y se preguntaban si un fajín sería suficiente. «¡Ese chico Lucado me está haciendo fatigar los dedos!» Yo trabajaba para el día, el grandioso día, en que en medio de una lluvia de confeti y querubines danzando, Dios me pondría el fajín lleno de medallas a través del pecho y me daría la bienvenida a su reino eterno, donde yo humildemente podría exhibir mis medallas por toda la eternidad.

Sin embargo, surgieron algunas preguntas espinosas. Si el Señor salva a las personas buenas, ¿cuán bueno es «bueno»? Dios espera integridad en cuanto a lo que hablamos, ¿pero cuánta? ¿Cuál es el porcentaje permitido de exageración? Supongamos que el puntaje requerido es ochenta, y yo obtengo setenta y nueve, ¿cómo sé cuál es mi puntuación?

Busqué el consejo de un ministro. Sin duda él me ayudaría a contestar la pregunta: ¿Qué tan bueno es bueno? El hombre lo hizo, con una palabra: «Hacer». Hacer mejor. Hacer más. Hacer ahora. «Haz lo bueno, y estarás bien». «Haz más, y serás salvo». «Haz lo correcto, y todo te saldrá bien».

Hacer.

Ser.

Hacer. Ser. Hacer.

Hacer-ser-hacer-ser-hacer.

¿Familiarizado con la tonada? Quizás lo estés. La mayoría de las personas adoptan la suposición de que Dios salva a la gente buena. ¡Así que seamos buenos! Seamos morales. Seamos honestos. Seamos decentes. Recemos el rosario. Guardemos el sábado. Cumplamos las promesas. Oremos cinco veces al día mirando hacia el este. Mantengámonos sobrios. Paguemos los impuestos. Obtengamos medallas al mérito.

No obstante, con toda esa cháchara acerca de ser buenos, aún nadie puede contestar la pregunta fundamental: ¿Qué nivel debondad es suficientemente bueno? Extraño. En juego está nuestro destino eterno, sin embargo nos preocupamos más por la receta para preparar una lasaña que por los requerimientos de ingreso al cielo.

Dios tiene una mejor idea: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2.8). Contribuimos con nada. Nada de nada. A diferencia de la medalla al mérito de los Niños Exploradores, la salvación del alma no se gana. Es un regalo. Nuestros méritos no merecen nada. La obra de Dios lo merece todo.

Este fue el mensaje de Pablo para los «mucha gracia». Imagino el rostro rojo, los puños apretados, y los vasos sanguíneos inflamándose en el cuello del apóstol. «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición» (Gálatas 3.13). Traducción: «Dile no a las pirámides y los ladrillos. ¡No a las reglas y a las listas! Dile no a la esclavitud y al rendimiento. No a Egipto. Jesús te redimió. ¿Sabes lo que esto significa?»

Aparentemente ellos no lo sabían.

¿Y tú?

Si no lo sabes, yo sé que es debido a tu fatiga. Tú debes confiar en la gracia de Dios.

Sigue el ejemplo de los mineros chilenos. Atrapados debajo de setecientos metros de roca sólida, los treinta y tres hombres estaban desesperados. El derrumbe de un túnel principal les había sellado la salida y los lanzó al estado de sobrevivencia. Comían dos cucharadas de atún, un sorbo de leche y un pedazo de durazno... día por medio. Durante dos meses oraron porque alguien los salvara.

Arriba en la superficie el equipo chileno de rescate trabajaba las veinticuatro horas del día, consultando a la NASA y reuniéndose con expertos. Diseñaron una cápsula de poco más de cuatro metros de largo y

taladraron, primero un hoyo de comunicación y luego un túnel de excavación. No había garantía de éxito. Nadie que alguna vez hubiera quedado atrapado bajo tierra por tanto tiempo había vivido para contarlo.

Pero ahora sí.

El 13 de octubre de 2010, los hombres comenzaron a emerger, chocando alegres las manos unos con otros y dirigiendo cánticos de victoria. Un bisabuelo. Alguien de cuarenta y cuatro años que planeaba casarse. Luego un joven de diecinueve años. Todos tenían historias distintas, pero todos habían tomado la misma decisión: confiar en que alguien más los salvara. Nadie devolvió la oferta de rescate con una declaración de independencia: «Puedo salir de aquí por mi cuenta. Solo denme un taladro nuevo». Ellos habían mirado la tumba de piedra por bastante tiempo para llegar a la opinión unánime: «Necesitamos ayuda. Necesitamos que alguien penetre en este mundo y nos saque». Luego, cuando llegó la cápsula de rescate, los mineros treparon.

¿Por qué nos es tan difícil hacer lo mismo?

Nos resulta más fácil confiar en el milagro de resurrección que en el de la gracia. Tememos tanto al fracaso que creamos la imagen de la perfección, no sea que el cielo esté aun más desilusionado de nosotros de lo que nosotros mismos lo estamos. ¿El resultado? Las personas más cansadas de la tierra.

Los intentos de salvación propia no garantizan más que agotamiento. Correteamos y salimos disparados, tratando de agradar a Dios, coleccionando medallas al mérito, anotando puntos y mirando con ceño fruncido a cualquiera que se atreva a cuestionar nuestros logros. Nos llamamos la iglesia con rostros siempre tensos y hombros caídos.

¡Basta ya! De una vez por todas, basta de esta locura. «Conviene que el corazón sea fortalecido por la gracia, y no por alimentos rituales» (Hebreos 13.9 NVI). Jesús no dice: «Vengan a mí todos los perfectos y puros», sino todo lo contrario. «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28).

No hay letra pequeña. No va a ocurrir un segundo acontecimiento. La promesa de Dios no tiene lenguaje oculto. Deja que ocurra la gracia, por amor de Dios. No más actuación para Dios, no más solicitar la atención del Señor. De todas las cosas que debes ganar en la vida, el afecto interminable de Dios no es una de ellas. Tú lo tienes. Estírate en la hamaca de gracia.

Ahora puedes descansar.